

UNO

—Y así — dice el señor Beckett en la hora de inglés (la tercera del día), apoyado sobre el borde de la mesa, con los tobillos cruzados y un brillo en sus ojos oscuros— es como Hemingway y Fitzgerald protagonizaron la historia de amor-odio más famosa de la literatura del siglo xx. Para no esconder nada, os aviso de que es poco probable que os sirva de gran cosa en el examen, porque por alguna razón no os examinan de cotilleos editoriales de hace cien años, pero os lo podéis guardar en la recámara para impresionar a vuestros amigos en las fiestas.

Se levanta con una sonrisa y saca un rotulador del bolsillo trasero de sus chinos azul oscuro.

—Bueno, venga —continúa—, vamos a por los deberes.

Suspiramos todos a la vez. Después de tratarnos de quejicas con un gesto de la mano, Bex —como lo llamamos todos— nos manda para leer esta noche las primeras cuarenta páginas de *Adiós a las armas*.

—No se os hará largo —promete, dando vueltas al rotulador entre los dedos, como un mago con una baraja de cartas—. Una de las mejores cosas de Hemingway (que tiene muchas, como veremos mañana) es que no le gustan demasiado las palabras largas.

—Ah, qué bien —suelta Gray Kendall, un chico patilargo que juega a *lacrosse* y que es nuevo en clase desde este septiembre. Lo tengo un par de filas por detrás, tirado en la silla, con un hoyuelo que se le marca sutilmente debajo del pómulo—. A mí tampoco.

Suena el timbre de final de clase. Todos arrastramos los pies hacia la puerta, mientras el pasillo se llena de un rumor de chirridos de patas de silla en el linóleo y del olor de los sándwiches de pollo que sirven hoy en la cafetería.

—¿Preparada? —pregunto al pararme junto al pupitre de Chloe, en primera fila.

Tiene los labios pintados de rojo, como siempre, unas gafas enormes de hípster y el pelo rubio ondulado hasta los hombros. En el cuello de la blusa del uniforme, lleva un pin minúsculo en forma de flamenco rosa.

—Mmm —contesta mientras mira por encima de mi hombro cómo borra Bex la pizarra, moviendo los hombros elegantemente debajo de su jersey gris de cachemir.

Mira con tanto descaro que levanto las cejas. Su respuesta es una mueca.

—Sí.

—Vale, vale —asiento exageradamente y me cuelgo de un hombro la mochila.

Justo cuando vamos a irnos, Bex levanta la vista.

—Ah, hola, Marin —saluda con un gesto culpable de la cabeza—. No te lo creerás, pero he conseguido volver a olvi-

darme de tu libro. Mañana sin falta te lo traigo.

Sonrío.

—¡Ah, sin problema! —Sonrío. Me prometió hace casi dos semanas que me prestaría *Las correcciones*, diciendo que me encantaría, pero siempre se olvida de traérmelo—. Cuando te vaya bien. En realidad, tampoco es que me sobre mucho tiempo para leer por gusto.

—Ya, ya lo sé. —Bex pone cara de pillo—. Estáis todos demasiado ocupados colgando vídeos de *unboxing* en vuestros canales de YouTube, o lo que quiera que hagáis para divertirlos.

Me quedo boquiabierta.

—¡No es verdad! —digo, pero se propaga un calor agradable por todo mi cuerpo—. Dirás estar hasta el cuello de deberes de Inglés.

—Ya, ya —contesta Bex, aunque sonrío—. Venga, fuera de mi aula, que me toca comedor. Nos vemos luego abajo.

—Qué suertudo —le dice Chloe en broma.

—¡Ajá! —Bex deja el rotulador en la repisa y se limpia las manos en la parte trasera de los pantalones sonriendo—. Te estás burlando de mí, pero más me río yo, porque subestimas lo emocionado que estoy con el día del sándwich de pollo. Venga, fuera.

Más que una cafetería, lo que hay en el Bridgewater es una mezcla de sala de actos y gimnasio, con un escenario en un lado y mesas que cuando toca Educación Física se guardan plegadas en un almacén. Al aparecer Chloe y yo, en nuestra mesa ya está la misma mezcla un poco incongruente de empollones de la clase de Bex y jugadores de *lacrosse* con la que nos sentamos desde que empecé a salir con Jacob.

—Hola, nena —me saluda con un pellizco debajo de las

costillas a modo de saludo—. ¿Qué, cómo va el día?

—¿Qué pasa, que estás vigilando que no engorde?
—dice en broma su amigo Joey, haciendo como si también me fuera a pellizcar.

Lo esquivo y le hago una peineta con los ojos en blanco.

—Vete a la mierda, Joey. —Le doy un empujoncito a Jacob en el hombro—. Y tú ya podrías defender mi honor, ¿no?

—Ya has oído a la dama —dice Jacob.

No es que sea una manera muy resuelta de salir en defensa de mi honor, pero como ya me está sentando encima de sus piernas y dándome un beso en la mejilla me olvido un momento de enfadarme.

Llevamos saliendo desde que la primavera pasada nos tocó sentarnos juntos en Historia de los Estados Unidos y la señora Shah hizo los grupos para el trabajo final de la asignatura. Yo confiaba en que me tocara alguien que se dejara mandar y que así sacáramos los dos un sobresaliente; ha sido mi estrategia en los trabajos de grupo básicamente desde que los hago, pero para mi sorpresa Jacob tenía en verdad ideas propias sobre qué fuentes primarias podían ser más útiles para una redacción documentada sobre las reformas sociales que desembocaron en la guerra de Secesión. Antes de encontrar la manera de trabajar bien juntos, estuvimos dos semanas discutiendo. Cuando nos pusieron el sobresaliente, me levantó del suelo y se puso a darme vueltas en medio del aula.

Me siento en mi silla habitual y saco un sándwich de pavo de la mochila, a la vez que saludo a Dean Shepherd, que acaba de dejar su bandeja al lado de Chloe. Este año fueron juntos a la fiesta de inauguración del curso, y desde entonces los esfuerzos de Dean por salir con ella no es que destaquen por su sutileza.